



CHRISTINA COURTENAY

*El suave susurro
de los sueños*



Algunos sueños no deberían hacerse realidad...

Maddie Browne pensaba que había superado la pesadilla recurrente que la atormentó siendo una niña, pero tras la revelación de un secreto familiar sorprendente, esa pesadilla regresa para asustarla de nuevo: el mismo columpio en el mismo jardín, el gigante pelirrojo y los brazos atezados que la atrapan por detrás e intentan llevársela...

En un intento por olvidar sus problemas, Maddie viaja a Devon para pasar un tiempo con sus amigos, Kayla y Wes. No obstante, verá claro que el relax no está en su agenda tras el perturbador encuentro con una vidente gitana. Por no hablar del peligrosamente atractivo hermano de Wes, Alex. Y además, está el hecho de que la pesadilla de Maddie parece estarse haciendo realidad...

Capítulo 1

—Y ahora, jovencitas, como os podéis imaginar, la última voluntad de vuestros padres no contiene ninguna sorpresa, excepto por... A lo que me refiero es que a todas os corresponde una cuota igual en la herencia, por supuesto. Sobre eso no existe ninguna duda.

El señor Parker, el abogado de la familia, estaba sentado en el borde del sofá; en la mesa de café se extendían varios documentos dispuestos en montones ordenados. Madeline Browne y su hermana pequeña, Olivia, ocupaban los dos sillones de enfrente y esperaron en silencio a que continuara.

—Sí, ¿y...? —Olivia, tan impaciente como siempre, le instó a que prosiguiera en cuanto no lo hizo de inmediato.

—Bueno, hay un pequeño detalle que todavía tengo que revelaros —dijo al fin—, aunque no afecta en absoluto al asunto de la herencia. —Se le veía claramente incómodo y tuvo que aclararse la garganta un par de veces.

Una mosca zumbó en la ventana intentando escapar hacia la libertad que proporcionaba el exterior. Maddie deseó poder hacer lo mismo, pero tuvo que conformarse con tragarse las lágrimas que amenazaban con volver a desbordarse. Toda aquella horrible situación la estaba sobrepasando.

—Vuestros padres añadieron un codicilo en el testamento según el cual... Bueno... Tengo que deciros que... En resumidas cuentas, ellos creían que debíais saber que no sois hermanas de sangre —dijo de sopetón. Inmediatamente después añadió—: Maddie, eres adoptada.

Maddie soltó un jadeo y miró al abogado.

—¿Adoptada?

—Sí, así es. —El señor Parker hizo un gesto de asentimiento para dar mayor énfasis a su revelación y se dispuso a ordenar una pila de papeles que estaba perfectamente alineada.

—¿Pero qué...? Quiero decir, ¿por qué...? —Maddie no podía creerse lo que estaba oyendo y a su cerebro le costó horrores procesar la información. Tenía una extraña sensación en el estómago, como si se hubiera tragado una bolsa llena de cubitos de hielo y se le hubiera entumecido la parte superior del torso. Sabía que la lectura del testamento sería dolorosa, pero aquello era algo del todo inesperado. ¿Cómo podían sus padres haber mantenido un secreto así durante tanto tiempo? ¿Por qué demonios no se lo dijeron? Tenía veintisiete años, ya no era ninguna niña.

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, el señor Parker dijo:

—Me temo que no sé por qué no te lo quisieron decir antes. Tal vez pensaron que era lo mejor para ti. —Se encogió de hombros—. Nunca me contaron nada sobre este asunto.

Otro silencio, esta vez mucho más incómodo. El señor Parker se movió nervioso en el sofá y se inclinó hacia delante para volver a ordenar los papeles. Maddie se había quedado paralizada, incapaz de mover ni un solo músculo, aunque las siguientes palabras de su hermana la sacaron de aquel trance.

—Si Maddie no es mi hermana de verdad, ¿por qué tiene derecho a la mitad del dinero de mis padres?

—¡Olivia! —El abogado abrió los ojos claramente escandalizado por tal pregunta, pero Maddie ni siquiera pestañeó. Es más, aquello casi le arrancó la primera sonrisa desde que le comunicaron la noticia del accidente de tráfico de sus padres. La pregunta era un claro ejemplo de la forma retorcida y egoísta en que funcionaba la mente de su hermana. Nadie la conocía mejor que ella.

—Como hija adoptiva de tus padres, Maddie tiene los mismos derechos que tú, Olivia. Todos los documentos están en orden. —El abogado tenía los labios apretados en una tensa línea y el ceño fruncido en un gesto que mostraba su profunda desaprobación, pero aun así Olivia ni se inmutó y se limitó a enarcar las finísimas y depiladas cejas sobre sus maquillados ojos intentando fingir una expresión de cándida inocencia.

—Pero si no tenemos ninguna relación de consanguinidad, ¿no debería por lo menos llevarme la parte más cuantiosa? —Bajo la espesa capa de maquillaje Olivia mostraba una expresión fría, de total indiferencia. No había ningún atisbo de dolor por el fallecimiento de sus padres. Ni rastro de culpa por querer despojar a su hermana de la herencia. Nada que indicara que entendía la crueldad de lo que estaba diciendo. El señor Parker abrió la boca incrédulo.

—¡Olivia, en serio, esto está completamente fuera de lugar! —Se volvió hacia Maddie con una mirada de disculpa. Se notaba que aquel giro de los acontecimientos le había pillado desprevenido. Empezó a jugar con una elegante pluma estilográfica, quitándole y poniéndole el capuchón—. Me he quedado sin palabras —añadió de forma innecesaria.

Maddie decidió que ya era hora de acudir en su ayuda. Mientras escuchaba las preguntas de Olivia, se vio invadida por una furia contenida. Se dio cuenta de que no se trataba de algo que hubiera surgido de repente. No, la ira había ido creciendo con los años, pero siempre se había controlado por respeto a sus padres. Ahora, sin embargo, ya no había ninguna razón que le impidiera dejarla salir y esa rabia le dio la fuerza suficiente para lidiar con aquello de una vez por todas.

—No se preocupe, señor Parker. —Se inclinó hacia delante para colocar una mano sobre su manga, intentando tranquilizarle—. Como bien puede imaginarse, esta noticia

me ha causado un gran impacto, pero también me ha hecho ver una cosa muy clara. Olivia no es y nunca ha sido una hermana para mí. A pesar de lo mucho que he luchado por que tuviéramos una relación más cercana, no lo he conseguido. Siempre me he preguntado por qué, pero hoy me acaba de dar la respuesta. Gracias.

—Ya estás haciéndote la santa, como siempre —susurró Olivia en tono despectivo.

Maddie no mordió el anzuelo. Años de práctica le habían enseñado a ignorar las pullas de su hermana para evitar dar un disgusto a sus padres, que detestaban las confrontaciones de cualquier tipo. Además, no iba a ganar nada contraatacando. Olivia tenía la piel más dura que un armadillo y al final, no sabía muy bien cómo, siempre se salía con la suya.

—Tus padres te adoptaron porque creyeron que no podrían tener hijos propios —intervino el abogado—. Los he conocido durante años y siempre te quisieron como si fueras hija de su propia sangre. Y eso no cambió cuando fueron bendecidos... —vaciló ligeramente y lanzó una mirada dudosa en dirección a Olivia—... con una hija biológica.

—Lo sé, señor Parker. —Maddie alzó una mano para detenerle. Todo era muy reciente, todavía seguía con las emociones a flor de piel y prefería no seguir hablando. Lo único que ansiaba era salir de esa estancia, de esa casa y alejarse de Olivia—. Estoy de acuerdo con usted, no he podido tener mejores padres. Me dieron lo que más necesitaba cuando estaban vivos: su amor. Ahora no quiero nada más de ellos. Deje que Olivia se quede con todo. No me importa.

—Pero Maddie, claro que importa. Estamos hablando de una cantidad considerable de dinero. —El rostro del abogado volvía a tener la misma expresión de incredulidad de antes.

—No. Lo digo en serio. La conozco mejor que nadie. —Ahora fue el turno de Maddie de mirar a Olivia—. Y sé que no parará hasta que no se salga con la suya.

Olivia apartó la vista y se dedicó a estudiar sus perfectamente pintadas garras como si la discusión no fuera con ella o no hubiera sido la culpable de meter al zorro en el gallinero. Maddie apretó los dientes.

—No hay nada que Olivia pueda hacer al respecto —protestó el señor Parker—. Todo está en regla.

—No me importa. Ni siquiera quiero volver a verla o hablar con ella. Así que, si es tan amable de ayudarme a recoger algunos objetos personales y recuerdos, puede quedarse con lo demás. Se encargará usted del papeleo necesario, ¿verdad? —Maddie estaba que echaba humo, incluso podía sentir sus emociones al rojo vivo burbujeando en su interior y dispuestas a salir como llamas incandescentes en cualquier momento, pero estaba decidida a controlarse. Ya lloraría más tarde, cuando estuviera sola. Ahora, sin embargo, saldría de aquel lugar de la manera más digna posible y no se molestaría en mirar atrás. Nunca regresaría. Era la única forma de hacerlo.

Olivia, que había estado escuchando sus últimas palabras con una sonrisa de satisfacción en los labios, frunció el ceño de repente y la miró de forma sospechosa.

—¿Qué es lo que vas a recoger? No se te ocurra llevarte el mejor...

—¡Olivia! —ladró el señor Parker con una voz que le recordó a la de un director recriminando su comportamiento a un alumno difícil. Si los padres de Olivia hubieran intentado ir por ese camino en alguna ocasión, lo más seguro es que no hubieran tenido que mantener esa conversación ahora—. Te sugiero que des las gracias por la suerte que has tenido —continuó el abogado, fulminando con la mirada a su hermana— y dejes que Maddie se lleve lo que quiera. Si no, haré todo lo posible para conseguir que acepte su parte de la herencia. No vayas a creerte ni por un momento que no soy capaz de hacerlo. O incluso, si es necesario, puedo retener un fideicomiso en favor de sus futu-

ros hijos. —Se le veía tan determinado por lograr su objetivo que Olivia asintió en silencio.

—No te preocupes, Olivia. —Maddie esbozó una tensa sonrisa—. Nunca hemos tenido los mismos gustos, así que lo más probable es que no me lleve nada a lo que le tengas mucho aprecio. —Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

—Ya veremos —masculló Olivia mientras seguía a la que hasta ahora había sido su hermana fuera de la estancia con los brazos cruzados sobre el pecho de forma beligerante.

El señor Parker cerraba la comitiva con la ira e incredulidad reflejadas en su rostro. Cuando alcanzó a las dos hermanas, Maddie vio su expresión confundida y le susurró:

—En serio, señor Parker, es mejor así. Ahora seré libre para siempre. Confíe en mí, merecerá la pena.

Al señor Parker no le quedaba más remedio que creerla.



Capítulo 2

—¡KAYLA! Qué alegría verte. Muchas gracias de nuevo por dejar que me quede habiéndote avisado con tan poco tiempo.

Maddie abrazó a su amiga Kayla Marcombe e intentó contener las lágrimas que amenazaban con desbordarse. Allí, por lo menos, se sentía bienvenida y eso bastaba para abrir el dique de sus ojos, aunque se las arregló para volver a cerrarlo.

—Oh, Maddie, sabes que estamos encantados de tenerte con nosotros siempre que te apetezca. Es normal que quieras alejarte de Londres después de lo que ha pasado estas últimas semanas. —Kayla le rodeó los hombros con el brazo, a pesar de que Maddie era casi una cabeza más alta, y tiró de ella hacia la gran escalera de caracol—. ¿Tan malo fue?

—Ni te lo imaginas. —Se estremeció ante los recuerdos y siguió a su menuda amiga por las escaleras sin apenas darse cuenta del esplendor que la rodeaba. Kayla se había casado con un *baronet* y vivía en Devon, en Marcombe Hall, una mansión del s. XVII. Sin embargo, como visitaba con frecuencia a la pareja, la magnificencia de la vivienda había dejado de impresionarla. Para ella, ahora solo era la casa de Kayla.

—Anda, ven y cuéntamelo todo —instó Kayla mientras la llevaba hacia una de las habitaciones de invitados. Esta en particular estaba decorada con tonos amarillos y lilas, aunque le hubiera dado igual que fuera naranja fosforito. En lo que a ella concernía, hasta un dormitorio espartano

en un convento de monjas hubiera sido preferible a su apartamento de Londres; simplemente necesitaba escapar desesperadamente de la capital.

Annie, el ama de llaves de Marcombe, entró en la habitación cargada con una bandeja.

—Bienvenida de nuevo a Devon, Maddie —sonrió. Se sentía como si hubiera regresado a casa. La amabilidad de la mujer mayor en comparación con la de su hermana hizo que estuviera a punto de derrumbarse y que las lágrimas se agolparan en sus pestañas.

—Gracias, Annie. Estoy encantada de haber vuelto.

Con mucha discreción, Annie dejó a las dos amigas juntas. Maddie se sentó en una silla, se hizo un ovillo con sus largas y delgadas piernas y soltó un suspiro. Kayla sirvió el té, añadió un montón de azúcar al de Maddie y le pasó la taza junto con un plato con unas galletitas.

—Está delicioso, justo lo que necesitaba. ¿Por qué sabe mucho mejor aquí, en el campo?

Kayla rio.

—¿Por el agua tal vez? Aquí debe de ser un poco más pura. —Se sentó frente a ella—. Muy bien, soy toda oídos. No me pareciste muy coherente cuando hablamos por teléfono. Lo único que saqué en claro es que tu vida es un desastre.

Maddie esbozó una sonrisa de arrepentimiento.

—Ese es el eufemismo del año. Lo siento, Kayla, pero estoy pasando una época horrible. Primero el trauma por el accidente de mis padres. Que te despierten a medianoche y salgas corriendo al hospital solo para descubrir que has llegado demasiado tarde... Bueno, imagínate cómo me sentí. —Cerró los ojos, reviviendo los terribles recuerdos de aquella noche. Los tenía grabados en su memoria, como una auténtica pesadilla.

Kayla hizo un gesto de asentimiento animándola, pero no la interrumpió.

—Después vinieron los preparativos para el funeral —continuó, tras tomar un sorbo de té caliente—. Olivia, como siempre, no fue de gran ayuda. Perdí la cuenta de las veces que cambió de parecer o que fingió que nunca había dicho algo cuando sí lo hizo. Luego el funeral... —Sintió un intenso escalofrío. Ver cómo entierran a un padre es duro, pero ¿los dos al mismo tiempo? Fue tan inesperado, tan impactante, y desde luego le hizo comprender la realidad de la muerte de sus progenitores como ninguna otra cosa lo hubiera conseguido—. Fue tan tajante, Kayla. El final de una parte de mi vida.

—Me lo imagino —murmuró su amiga con suavidad.

—Y como colofón Olivia y yo tuvimos que reunirnos con el abogado esa misma tarde. El hombre insistió y como es amigo de la familia no pudimos negarnos. Ahí fue cuando soltó la bomba; nos dijo que era adoptada. Ese fue el tiro de gracia, el último clavo en el ataúd. —Esbozó una triste sonrisa ante la broma de mal gusto que acababa de hacer, pero también sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas y cómo estas caían por sus mejillas. Intentó limpiárselas sin mucho éxito—. Por el amor de Dios, Kayla, ¿por qué no me lo dijeron?

Desde que salió de la casa de sus padres no había dejado de hacerse esa misma y angustiosa pregunta.

—No les habría querido menos y el saberlo sí que me hubiera ayudado a entender muchas cosas. —Negó con la cabeza—. Siempre supe que era diferente. Para empezar, no me parecía a ninguno de ellos. Olivia también debió de darse cuenta, o seguro que se hacía ilusiones al respecto. Yo siempre creí que era por mi culpa, que había algo mal en mí. Y al final resulta que era porque era adoptaba.

—¿Nunca te lo insinuaron siquiera?

—No, jamás. Me trataron exactamente igual que a Olivia. Con sinceridad, no creo que quisieran que lo supiera.

—Puede que tuvieran miedo de que les dejaras, de que quisieras encontrar a tus padres biológicos.

—¿Por qué haría algo así? Está claro que mis auténticos padres no me querían, así que ¿por qué iba yo a quererles?

—¿Por curiosidad, quizá? La mayoría de los hijos adoptados quieren encontrar a sus padres biológicos.

—Pues yo no. Ya he tenido mi buena cuota de rechazo. Ahora lo único que me apetece es hacer un balance de mi vida y pensar seriamente en qué es lo que quiero. Necesito cambiar de aires. Empezar de nuevo.

—Tómate tu tiempo. Acabas de llegar. No queremos perderte tan pronto, así que quédate todo lo que te plazca. Es una suerte que tuvieras un trabajo temporal y no indefinido.

—Sí. Además, tengo algún dinero ahorrado por si tenía que hacer frente a una mala época. Y creo que ese momento ha llegado. De hecho creo que estoy en mi peor momento.

—No, no. No seas tan derrotista. Seguro que también te han sucedido cosas buenas en las últimas semanas. ¿No me dijiste que habías conocido a un hombre maravilloso? ¿Cómo se llamaba?

—David. Y no te he vuelto a hablar de él porque ya no está en mi vida. —Apretó los puños—. Es un desgraciado.

—¿Qué? Pero pensaba que... —Kayla se mostró desconcertada—. La última vez que hablé contigo, ¡te noté tan enamorada! Y eso fue hace un par de semanas, ¿no?

—Sí, antes de descubrir que había estado intentando ligarse a Jessie, mi compañera de piso. ¡Menos mal que Dios inventó a las buenas amigas! Si ella no me lo hubiera contado ahora me sentiría más tonta de lo que ya me siento.

—Oh, pobrecilla. Supongo que tienes razón. Estás pasando por una mala racha. No importa, vamos a encontrar a Wes y a los niños y dejemos de preocuparnos por el futuro. Seguro que muy pronto sabrás qué hacer. Mientras tanto, puedes tomarte unas vacaciones. ¿Te apetece que nos demos un baño en la cala?

Maddie se secó las lágrimas y esbozo una trémula sonrisa.

—Me parece una idea estupenda. Prefiero nadar en agua salada que producir litros y litros de ella, que es lo único que parezco hacer últimamente.

* * *

A la mañana siguiente, Maddie se despertó temprano, empapada en sudor y con las sábanas revueltas alrededor de sus piernas. En medio de la penumbra propia del amanecer, respiró con dificultad mientras el corazón le latía con fuerza contra su caja torácica. Había vuelto a tener ese sueño. Soltó un gemido.

—Otra vez no, por favor —susurró, pero sabía que nadie escucharía su súplica.

Se trataba de un sueño que la había perseguido desde que era niña y durante la adolescencia y que se sucedía noche tras noche en el mismo escenario. Era increíblemente nítido y seguía el mismo patrón. Después, cuando se despertaba, siempre recordaba cada detalle, aunque no quisiera hacerlo.

Estaba en un jardín soleado, rodeada de rosales con flores de todos los colores. De la resistente rama de un viejo manzano colgaba un columpio que de alguna forma sabía suyo, ya que, cada vez que lo miraba, experimentaba una intensa sensación de orgullo. De posesión incluso. El sueño siempre empezaba con ella corriendo hacia él.

Era pequeña. Lo sabía porque nunca había sido capaz de subirse sin ayuda. A veces, unas fuertes manos la alzaban y la empujaban hasta alturas de vértigo, haciendo que chillara de felicidad. Otras, las más frecuentes, simplemente se quedaba colgando boca abajo y giraba y giraba hasta que se mareaba y tenía que hacer una pausa.

Cuando se detenía podía ver una casa. Blanca, con ventanas de arco apuntado —de arquitectura gótica, entendió— y cubierta casi en su totalidad por glicinias, madreselva y otras plantas trepadoras. Era un lugar alegre o al menos esa era la impresión que le daba. Pero en su sueño nunca entraba dentro. Siempre se quedaba en el jardín.

A veces, un enorme hombre pelirrojo con barba salía de la casa y se acercaba a ella con una sonrisa de oreja a oreja. Entonces ella corría hacia él con los brazos abiertos, y él la alzaba, la lanzaba al aire y bailaba con ella en volandas. Maddie se reía a carcajadas, rebosando felicidad.

Así era como el sueño terminaba la mayoría de las veces y se despertaba con la sensación de haber sido despojada de algo sumamente precioso. No sabía por qué, pero casi siempre lloraba incapaz de detener el torrente de lágrimas.

En otras ocasiones el sueño terminaba de forma distinta por completo. Ella lo llamaba la versión sombría; esa que la dejaba del todo aterrorizada. El hombre pelirrojo también salía de la casa y ella corría hacia él, pero él se daba la vuelta y desaparecía por la puerta de entrada. Entonces sentía cómo tiraban de ella un par de manos morenas y llenas de vello. Una de esas manos le tapaba la boca y ella entraba en pánico y se retorció en un esfuerzo por respirar. Movía los brazos desesperadamente, pataleaba y se volvía para intentar ver a su atacante, sin embargo solo percibía un atisbo de pelo oscuro, ojos negros, barba e ira, mucha ira. Incluso odio.

Ese era el momento en el que solía despertarse con un grito ahogado, en busca de ayuda. Sabía que eso era lo que le había sucedido esa mañana. Había soñado la versión sombría y las imágenes habían sido tan vívidas que todavía tenía un regusto amargo de amenaza en la boca, hasta tal punto que le costó siglos calmar el frenético latido de su corazón.

No había vuelto a tener ese sueño desde que se mudó a Londres, hacía unos cuantos años. Estaba claro que se ha-

bía equivocado al pensar que lo había superado. Seguro que se debía a toda la presión a la que se había visto sometida en las últimas semanas.

Soltó un suspiro. ¿Significaría algo?

—Deja de comportarte como una idiota —se dijo a sí misma antes de dirigirse al baño para tomar una ducha. La mente humana podía ser maravillosa, aunque también podía hacer que te comportaras de forma irracional. Los sueños eran solo eso, sueños. De modo que haría todo lo posible por tratar de olvidarlo y rezaría para que no volviera a repetirse.